Piedra Libre !!! al "Sentido Común"

Tomo I



P. Héctor Albarracín

P. Héctor Albarracín

Piedra Libre!!! al "Sentido Común"

Tomo I

- *A mi familia que me enseñó a jugar…*
- *A mis amigos que juegan conmigo, en especial a los tres que hicieron posible este libro.*
- *A Dios que me regalo familia, amigos y vocación de jugar.*

Introducción

"Piedra libre…" es como un juego que, como todo juego, supone una búsqueda "desinteresada" de la verdad; es el que se realiza con amigos, ya que se busca porque se ama y se es amado; un juego, por fin, con la seriedad que tiene la realidad y con la simplicidad y la jovialidad que tienen los que juegan con "alma de niño".

El "Sentido Común", al igual que el sentido del gusto y del olfato, nos da la capacidad, en el obrar propio o ajeno, de distinguir lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo conveniente y lo inconveniente y, de esa manera, gustar de aquello que nos resulta saludable, sin necesidad de analizarlo demasiado racionalmente o de comprobarlo científicamente.

¿Se trata, entonces, de reflexionar sobre temas religiosos, es decir, sobre Dios? No exactamente y sí exactamente. No en el sentido de que Dios y la fe sean temas tratados directamente; sí exactamente porque se habla "sobre Dios": podemos hablar sobre una montaña (*sobre,* es decir, acerca de ella) o "sobre" una montaña (*sobre*, es decir, desde su cima); lo que sucede es que, si queremos hablar acerca de "la realidad", no podemos dejar de lado a su Arquitecto; si queremos hablar de los hijos, no podemos dejar de hablar del "Padre".

Cuando se pierde el sentido común, así como cuando se pierde el olfato y el gusto, ya no se sabe distinguir lo dulce de lo amargo, lo

sano de lo que está en mal estado. Es, en cierto sentido, peor que perder el sentido de la vista, porque cuando esto ocurre se "agudizan" otros sentidos que nos ponen en contacto con la realidad; mientras que cuando se pierde el sentido común es como perder el oído: nos aislamos y solo podemos balbucear: balbucear la verdad, balbucear el amor, etc., etc. Y cuando nos separamos de la realidad, somos fáciles de manipular…

Un aspecto más: el sentido común es "fundamental", ya que están ligados también a él: el sentido del humor, el sentido de la vida, el sentido de la fe, el sentido del dolor, entre otros. Tanto es así que si faltara el sentido común, también faltarían los demás, al menos en su plenitud; por ejemplo, si a la fe le faltara sentido común, fácilmente se deformaría en alguna forma sutil de voluntarismo, superstición o "pensamiento mágico".

Deseo de corazón que estas páginas nos ayuden a pensar serenamente y a dejarnos guiar por "el buen olfato" para "jugar", con certeza y simplicidad, como un niño, en medio de tanta confusión.

P. Héctor Albarracín

Prólogo

Este, el primer libro del profesor de Teología y Presbítero Héctor Javier Albarracín, reúne una serie de artículos que se nos presentan como una invitación a detenernos sobre diversos temas de la actualidad y, también, a pensar acerca de los sentimientos que pudieran atravesar nuestras vidas en distintas etapas.

Lo interesante de esta propuesta es que lo hace en un momento en que la palabra y la acción de "detenerse", en el devenir cotidiano, no resulta de lo más frecuente. En un mundo donde la celeridad, la ansiedad, el apresuramiento, las actividades y el tiempo con el que disponemos pareciera que nos aprisionan y nos aturden, entorpecen nuestras decisiones y elecciones y, en consecuencia, terminamos tomando y consumiendo lo que la "realidad – vorágine" que es el mundo actual nos presenta como verdadero o "única opción", estos artículos nos interpelan a que desaceleremos nuestro paso y miremos…

Ahora bien, ¿qué nos invitan a mirar? Nada más ni nada menos que a nuestro interior y a nuestro prójimo. ¿Y de qué manera? ¿Con qué ojos? Simplemente, con los ojos del Amor; con la mirada de Aquel que es nuestro Padre piadoso y misericordioso y que se constituye en el gran consuelo porque nos espera, comprensivo y paciente, amándonos verdaderamente. La pregunta que continúa es ¿cómo lo hace? Presentando, con un lenguaje destacado por la claridad en la expresión y por su carácter lúdico, reflexiones orientadas a analizar cuestiones referidas a la conciencia moral y a la fe, al amor a Dios y al prójimo, a la ideología, al resentimiento, entre tantos otros.

En varias ocasiones, las situaciones planteadas nos ayudarán a encontrar respuestas para las acciones llevadas a cabo por nosotros

mismos y, también, para comprender las de los demás; a indagarnos sobre el significado que les damos a conceptos que creemos ya definidos a partir de la cotidianidad con que los usamos y percibimos, pero que desde la perspectiva en que el padre Albarracín los descubre se encontrarán modificados en su esencia, por ejemplo, cuando con notable precisión nos habla no solo del amor, sino también de algunos disfraces con los que muchas veces este se viste para engañarnos y, con buen criterio, nos lo presenta como esas dolencias que no son corporales, sino que "enferman" al amor y nos enferman.

Todos los temas que encontraremos en este tomo son comentados con la madurez y la hondura propia de quien, a partir de la observación y la meditación, logra discernir y encontrar el equilibrio entre los dilemas que presenta la sociedad actual y la relación que estos establecen con las enseñanzas de los Evangelios. A su vez, son presentados con gran originalidad, sumada a la delicadeza, la humildad y a ese humor tan característico de su autor quien, con seguridad, cultiva el "buen humor" que "es el humo del amor verdadero, el fruto del árbol de la esperanza, la confianza hecha flor, la fortaleza hecha juego y la certeza de que pase lo que pase estamos en manos de la providencia de Dios." Cada línea es atravesada por el entusiasmo y la alegría que brindan el saberse amado por Dios y que, por su gracia, es capaz de transmitirlos, en este caso, a nosotros, sus lectores.

Sin lugar a dudas, la lectura de este libro movilizará en nuestro interior una serie de cuestionamientos en torno a nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con el prójimo e, incluso, con el dolor y la adversidad. Sin embargo, *¡Piedra libre al Sentido Común!*, con lucidez e ingenio, nos recuerda y nos hace conscientes de que tenemos en nuestra vida "un Padre Todopoderoso y sabio que nos cuida y perdona"; nos muestra en cada uno de los artículos que "todo es fruto

del amor y ese amor se alimenta de un amor más fuerte" y lo hace con una sonrisa que es "como el humo del fuego del amor de Dios por la Humanidad".

Mara Andrea Matto

Profesora de Lengua y Literatura

Índice

Capítulos



1. El humo del humor



El humo del humor...

El humor es como el humo, ya que este último puede ser tomado en dos sentidos diversos. En primer lugar, el humo puede ser considerado como algo superficial y pasajero y, en este sentido, hay un humor que tiene esas dos características, pero no es que sea algo malo, sino que fácilmente se pierde y cuando viene alguna dificultad, en su intento de sobrevivir, se puede transformar en burla, en ironía o en chistes groseros. En segundo lugar, según otro enfoque, el humo -cuando estamos a distancia -es signo de la existencia de fuego; así hay otro tipo de humor que sirve de signo de algo más profundo y, por tanto, este humor -aunque más sobrio que el anterior- es más permanente. A este tipo de humor nos vamos a referir.

¿En qué consiste?

No nos referimos solo a los chistes o a la risa, porque el buen humor es más bien una actitud frente a la vida y puede tomar diversas formas, como el humo se eleva según sea el ambiente que lo rodea; del mismo modo, el humor en la fiesta es alegría; en el dolor, paz; en el niño, juego; en el joven, amistad y en el adulto, serenidad. Este humor no envejece con los años ni perece con las penas, y sus diversas formas ayudan a mantenerse "parejo", más allá de los

vaivenes de la vida, como si fuese un sistema de "suspensión neumática".

¿Cuál es el fuego de este humor?

Como todo efecto tiene una causa y esa causa suele ser invisible porque está en el interior de los corazones; religiosamente, diríamos que es fruto de la "chispa divina" del amor de Dios que ha encendido los corazones. En este sentido, el buen humor es el humo del amor verdadero, el fruto del árbol de la esperanza, la confianza hecha flor, la fortaleza hecha juego y la certeza de que pase lo que pase estamos en manos de la providencia de Dios.

¿Para qué sirve este humor?

El humor verdadero "no sirve" para corregir, ni para burlarse, tampoco para "evadirse" de los problemas volviéndonos 2superficiales; solamente sirve para "compartir" la alegría interior y ayudar a "digerir" los sufrimientos y las dificultades, dándoles sentido y dándonos "señorío" sobre ellos. Esto no quita que luchemos por lo que podemos cambiar; el humor se juega más bien frente a lo que "no podemos".

¿Cómo conseguirlo?

Este humor no se busca directamente, solo se cosecha, si se ha

sembrado "el fuego" que lo causa; no se demuestra, si antes no se posee; no se vende, más bien se contagia; tampoco se imita artificialmente su sabor ¡porque un paladar no se inventa! Hay que buscar el "fuego" que lo causa, lo demás viene por añadidura.

¡Cuánta necesidad hay de este humor en medio de tanto "payaso triste"! Podemos hablar realmente de un "apostolado del buen humor"; es por eso que la Madre Teresa le recomendaba a sus religiosas tener siempre una "sonrisa", no fingida ni superficial; una sonrisa que sea como el humo del fuego del amor de Dios por la humanidad...

2. "¡Ahi está el mal!"



“¡Ahí está el mal!”

“En algún lugar de la mancha”, un curandero pícaro iba a las casas de sus paisanos y señalando alguna tira de chorizo seco u otro alimento apetecible les decía: “¡Ahí está el mal!”, y se los hacía “tirar” en algún rincón del campo para que se liberaran del “daño”... pero, a la noche, él mismo pasaba y se quedaba con el producto.

En nuestra vida cotidiana tenemos mucha facilidad a la hora de echar culpas y no siempre hacemos bien el diagnóstico de la situación para buscar un remedio adecuado. Algunos lo hacen por algún tipo de conveniencia – como ese curandero- y otros por ingenuidad o irresponsabilidad… porque siempre es más fácil echarles la culpa a los demás que intentar cambiar nosotros.

Por ejemplo, si hay inseguridad, la culpa parece tenerla la pobreza ¡ahí está el mal!, y nos olvidamos que hay pobres muy dignos y que la pobreza puede llevar a “robar” algo para comer, pero no a herir o a matar por dinero. Del mismo modo, si hay violencia contra la mujer, la culpa la

tiene el machismo, el "patriarcado" ¡ahí está el mal!, y nos olvidamos de que vivimos en una sociedad violenta manifestada de distintas maneras sin importar edad, sexo ni clase social. O, si algún consagrado comete pedofilia (¡cosa abominable!), le echamos la culpa al celibato ¡ahí está el mal! y nos olvidamos de que la mayor cantidad de casos de pedofilia se da entre casados; y así con todo…

Entonces, ¿dónde está el mal? Por supuesto que no es una pregunta sencilla de responder, pero podemos partir de un principio fundamental: que el mal (y el bien) se encuentran en el corazón humano, en el interior de las personas y que todo lo de "afuera" influye, pero no determina (inclusive teniendo en cuenta la tentación desde fuera "del malo" por excelencia, es decir, el demonio). Jesús nos dice en el Evangelio: "Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre." (Marcos 7, 20 ss.)

En este contexto, compartimos la siguiente reflexión acerca del mal de la soberbia y de su “suero” curativo.

La soberbia es como un veneno que puede inocularse en cosas buenas o indiferentes en sí mismas y las vuelve letales para sí y para los demás; pero es un veneno “sutil” y para desenmascararlo hace falta una suerte de “reactivo”. El resultado es más o menos el siguiente:

Soberbia + (más) riquezas = (igual) falsa seguridad, idolatría.

Soberbia + poder = dureza, violencia, corrupción.

Soberbia + placer = egoísmo, vicios.

Soberbia + pobreza = resentimiento.

Soberbia + ciencia = incredulidad, sofisma.

Soberbia + dolor = tristeza, temor.

Soberbia + ignorancia = necedad.

Soberbia + miserias propias = excusas, hipocresía.

Soberbia + miserias ajenas = incomprensión, dureza.

Soberbia + amor = narcisismo, posesión, exigencia.

Soberbia + fe = superstición, credulidad.

El antídoto adecuado es la humildad, por eso:

Humildad + riquezas = generosidad.

Humildad + poder = servicio.

Humildad + placer = capacidad de compartir.

Humildad + pobreza = confianza.

Humildad + ciencia = sabiduría

Humildad + dolor = aceptación, paz.

Humildad + ignorancia = capacidad de escuchar, discipulado.

Humildad + miserias propias = sinceridad.

Humildad + miserias ajenas = misericordia.

Humildad + amor = gratitud, capacidad de entrega, empatía.

Humildad + fe = certezas, libertad.

Conclusión del experimento: "Lo que" vivimos no nos vuelve más humildes o soberbios, sino que esas "sustancias" están o no en nosotros y condicionan nuestro modo de vivir… ¡ahí está el mal! …¡y el bien!

3. Católicos por opción…



Católicos “por opción”

El mundo se ha vuelto muy cambiante en todo sentido, y eso exige de nuestra parte un constante discernimiento y decisión. Las costumbres se reemplazan rápidamente por otras, ya no se puede vivir “solo” de ellas. Entonces, el problema se plantea en el plano moral: leyes y modas que van “configurando” la sociedad que vivimos y que se oponen abiertamente a la moral cristiana y al orden natural. Es lógico que surjan interrogantes ante esa situación: ¿qué hacer? ¿adaptarse?, ¿rechazarlas? Sucede que previo a esos, hay que hacerse otro fundamental: ¿qué queremos ser?,¿a dónde queremos ir? En todo caso, hay que DECIDIRSE, ya que no podemos vivir “de rentas”, o vivir un catolicismo “por tradición familiar” o por “inercia”, porque las costumbres cambiaron y la correntada del río va hacia otro lado…

¿Somos católicos?, entonces hay que decidirse a serlo de verdad. Eso significa “tratar de” adecuar nuestra inteligencia a lo que Dios enseña a través de su Iglesia (al menos en cuestiones esenciales de la fe y la moral),

adecuar nuestra voluntad a la voluntad divina y hacerlo por amor a Dios y al prójimo. Esta decisión es compatible con la ignorancia y la debilidad, y hasta con el pecado, siempre y cuando estemos decididos a erradicarlo y dejarnos ayudar. El pecado que aleja realmente de Dios es aquel del cual no estamos arrepentidos, como una enfermedad solo aleja del médico en la medida en que no queremos curarnos.

No es obligatorio ser católico (¡ojalá todos lo fueran!), pero lo es una vez que se "elige" serlo, es decir, tratar de ser coherentes para no caer en la hipocresía o en la ingenuidad de pretender "servir a dos señores" adaptando la religión a nuestros criterios y conveniencias. No es cuestión de ser "más duros", sino más firmes; no se trata de creerse perfectos, sino de tratar de ser sinceros; no se trata de no vivir en "este mundo", sino de "no ser" del mundo; no se trata de "apagar la mecha humeante" del que padece una debilidad o ignorancia, sino ayudarlo a salir de ella. Planteado de este modo ¿serán menos los verdaderamente creyentes?, ¿serán más? No lo sabemos, ya que la decisión es personal, y –por lo tanto-

entra en juego la gracia divina y la libertad humana; lo que sí sabemos es que serán “realmente” creyentes…

Toda decisión tiene sus consecuencias, el hecho de vivir nuestra fe católica es una riqueza incomparable para nuestra vida. Porque la fe le da sentido a todo: al placer y al dolor, a esta vida y al “más allá”. Como consecuencia negativa, más soportada que querida, el vivir a contracorriente de las ideas o formas de vivir contrarias al Evangelio que se ponen de moda, trae aparejada inevitablemente alguna forma de persecución porque “los que no quieren reconocer su enfermedad buscan matar al médico para quedarse tranquilos”. Esa persecución no elimina la decisión, sino que, al contrario, la pone de manifiesto y la hace “meritoria”; ¿acaso no es más meritorio un grupo de jóvenes que quieran vivir la castidad en estos tiempos?, ¿un matrimonio que viva la fidelidad para siempre?, ¿una persona que es honesta y caritativa con sus bienes materiales? En el actual “clima” del mundo: ¿no nos debería asombrar más un solo joven creyente que mil ateos? Y, sin embargo, son muchísimos más los que creen de verdad…

Luchar por vivir coherentemente con la fe da como fruto una profunda paz y alegría, el hacer realmente el bien a los demás, y tener siempre un Padre todopoderoso y sabio que nos cuida y perdona; y que nos dirá al final del camino: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25,21). ¡Ojalá todos escuchemos esas consoladoras palabras!, esto no es algo "automático o mágico"; aunque ciertamente es una gracia de Dios, sin embargo, - de nuestra parte- nos debemos decidir y elegir caminar por el buen camino… ¡hermosa responsabilidad de nuestra libertad! ¿Alguno tiene dudas de que el hecho de no caminar por él se termina sufriendo más?

4. Haciendo leña del árbol caído...



Haciendo leña del árbol caído...

Ocurrió tiempo atrás que una fuerte tormenta de verano derribó algunos árboles, ¿por qué se habrán caído? Parece que la respuesta obvia es que la "culpa" la tiene el viento; pero si es así, ¿por qué no se cayeron los demás?... si el viento sopló "para todos". Mirando mejor, se puede observar que los que se cayeron tenían poca raíz o estaban medio secos. Ahí la cosa es muy distinta, porque si bien el viento puede haber sido la "ocasión" de que se cayeran, la "causa" era algo más bien interior: su raíz. No decimos que el viento no tuvo nada que ver, sino que "destapó" una realidad más profunda, que es la verdadera causa de la caída.

En relación con otros temas, es algo muy común echarle la culpa a cuestiones ajenas a nosotros mismos y así decimos que la "culpa" de que esté enojado es lo que me dijo fulano, sin darnos cuenta de que - en realidad- estamos enojados "porque" somos irascibles y lo que hizo fulano fue solamente "despertarnos el indio" o cuando no queremos hacer algo, le echamos la culpa a la falta de tiempo, cuando en realidad tener tiempo es "saber elegir". Este es uno de los orígenes de las tan usadas "excusas" con las que beneficiosamente salteamos alguna dificultad sin hacernos cargo, aunque -muchas veces- no convencemos a nadie... solo

nos engañamos a nosotros mismos.

Pero ¿en qué se parecen los árboles a nosotros? Nos parecemos en que su aspecto visible (tronco, gajos, hojas) es sostenido y alimentado por lo que tienen de "invisible": su raíz; así también, en nosotros lo que "tenemos" o "hacemos" es sustentado por algo invisible: el amor, la fe...el alma, Dios; si esta raíz se seca..., ¡cualquier viento nos voltea!

¿Y de qué sirve hacer leña del árbol caído? Si sabemos descubrir las verdaderas causas de nuestros males, entonces llegaremos con más facilidad y menor tiempo a curarnos de ellos, y, de esta manera, a ser más libres, a tener más paz y felicidad. Sin embargo, este hecho requiere de nuestra parte mucha *sinceridad*, lo que cristianamente se llama *humildad.*

Y esto también se puede aplicar a nivel social o familiar. Así, por ejemplo, ¿es la marginación, la pobreza o la droga la verdadera causa de la violencia y la inseguridad?, ¿se separan los matrimonios por problemas económicos o por la "rutina"?, ¿llegamos a la "raíz" o le seguimos echando la culpa al viento? Ciertamente, se trata de realidades complejas, pero se pierde tiempo y esfuerzo si solo se trata el "síntoma" "el viento" y no se llega nunca a la "raíz". Tal vez sea por eso que cada vez se aplican más "remedios", pero el "paciente" no muestra mejorías...

Es cierto que está soplando mucho viento: el viento del egoísmo, de la avaricia, de la sensualidad, pero también es cierto que si mantenemos vivas y profundas las raíces, no debemos temer..., al contrario, agradecer el poder permanecer de pie, confiados en nuestra raíz...

5. ¿Noviazgo adolescente?



¿Noviazgo adolescente?

Aclaración previa: la siguiente reflexión no es una condenación de algo que necesariamente está mal, no responde a la pregunta: ¿está mal ponerse de novio a los 15 años?, sino a esta otra: ¿Es conveniente ponerse de novio a temprana edad? ¿Se está suficientemente preparado en la adolescencia? Esta pregunta admite una respuesta "prudencial", es decir, con márgenes de libertad y de excepciones a la regla general, porque no es "solo" cuestión de edad, aunque la edad también dice algo.

Esta meditación es especialmente para los adolescentes que quieren vivir bien esa etapa de sus vidas, ese hermoso tiempo en el cual lo normal y saludable es tener la madurez propia de un adolescente...no más... ¡ni tampoco menos!

Una vez pregunté a unos novios de 14 y 15 años cuándo pensaban casarse. ¡Se imaginan la cara de sorpresa que pusieron!, pero la pregunta era más o menos como si preguntara "cuándo llegas a destino" a una persona que se subió a un ómnibus de larga distancia. En realidad no tendría por qué sorprenderse, alcanzaría con que contestara que todavía falta bastante tiempo o algo similar... salvo que ni piense ir a ese lugar; pero, entonces, ¿para qué se subió a ese

colectivo?, ¿por el solo hecho de viajar? Como es sabido se suele terminar "en cualquier lado" el que viaja solo por viajar...

El noviazgo es justamente eso: un viaje hacia el matrimonio, un hermoso viaje en el cual se elige con quién ir acompañado. Esta es una de las elecciones más importantes que hace una persona en su vida, ya que se puede equivocar de profesión y, sin embargo, sentirse plenamente realizado en el matrimonio, pero si se equivoca en el matrimonio, difícilmente se sienta realizado solo con la profesión.

Y para poder decidir y elegir con quién viajar no alcanza con tener las ideas claras y buenas intenciones, también se necesita contar con una suficiente madurez, porque tampoco un niño está preparado para manejar un vehículo por el solo hecho de que sepa cómo hacerlo o tenga suficiente estatura; un árbol de durazno florecido en julio difícilmente soporte las heladas del invierno y llegue a dar un buen fruto.

Lo que sí es cierto es que en la adolescencia se está preparado para tener muchos amigos, disfrutar de la familia, del deporte, de la naturaleza, etc., y vivir la vida sin demasiadas preocupaciones y responsabilidades. Cuando estos tiempos no se respetan, tenemos adolescentes saltando de un noviazgo a otro, y no queriendo saber nada con nadie cuando tienen la edad para ponerse de novios o formar una pareja. Además,

muchas veces, lo que buscan los adolescentes en un novio/a es “paternidad” o afecto familiar que no tienen o no se dan cuenta de que lo tienen; de allí la gran importancia que tiene que nuestros niños reciban mucho amor, del verdadero, de su papá y de su mamá.

Si piensas que estás preparado para el noviazgo, aún te queda un gran desafío y es que un noviazgo a temprana edad lleva a tener un noviazgo muy largo (¡10 años por lo menos!) ¿Sos consciente de lo que eso significa? ¿No se “aburrirá” el amor esperando tanto tiempo? ¿No buscará vivir “como en el matrimonio” para poder sobrevivir?

Sé que es muy difícil poner razones a los sentimientos, pero es muy saludable que los sentimientos también entiendan razones, porque -muchas veces- los sentimientos pasan y las razones que tienen razón permanecen…

No solo “crean” lo que les digo, miren a su alrededor y vean por ustedes mismos que un buen matrimonio no es algo casual, sino que normalmente es fruto de un buen noviazgo. Alguien puede objetar: ¡Ah!, “pero un buen noviazgo tampoco te da seguridad de un buen matrimonio”, … es verdad… Sabemos que un vino bien elaborado igualmente hay que cuidarlo en la bodega para que no se pique… pero uno mal elaborado “seguramente” se va a picar…

6. Los creó varón y mujer...



Los creó varón y mujer…

El varón y la mujer fueron creados por Dios iguales en dignidad, pero distintos física, psíquica y espiritualmente y, justamente por ese motivo, complementarios.

Ciertamente, a lo largo de la historia de la humanidad, esa configuración natural tomó distintos matices en el orden cultural, los cuales fueron más o menos adecuados con las características propias de cada uno, pero salvando normalmente lo esencial: la masculinidad del varón y la feminidad de la mujer. Pero ¿qué es la masculinidad y la feminidad? Para responder este interrogante observemos a los niños y niñas con su natural espontaneidad y veremos lo profundo de dichas tendencias.

Estas “configuraciones culturales” no han estado exentas de deformaciones, tales como el machismo y el feminismo; exageraciones que tienen como antídoto (como un suero que se elabora con el mismo veneno) el vivir naturalmente la masculinidad y la feminidad respectivamente y mutuamente. Por otra parte, hay mucha diferencia entre un miembro del cuerpo humano inflamado y un tumor maligno: al primero solo hay que buscar desinflamarlo, mientras que al segundo es necesario extirparlo. Siguiendo con esta analogía, el machismo

es un "varón inflamado", y, por tanto, no hay que extirpar sino solo "desinflamar". Por otro lado, la ideología, tomando como excusa esa hinchazón, pretende amputar dicho miembro considerándolo sólo una imposición cultural; de ese modo, se lo pretende reemplazar por otra imposición cultural, pero basada no en la naturaleza, sino en la ideología. A este respecto advertía San Juan Pablo II en referencia al peligro del relativismo ético al que puede conducir la democracia: "si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente. Una democracia sin valores se convierte… en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia".

Para ilustrar lo dicho, vamos a recurrir a una especie de "parábola musical" en la cual se pasa de la "sinfonía" (distintos sonidos) a la "homofonía" (iguales sonidos):

-*¿Por qué no sonamos iguales?,* le dijo la flauta al piano.

-*¿Iguales, es decir, en la misma orquesta?,* le volvió a preguntar.

-*No, ¡iguales!, sin ninguna diferencia ni discriminación*, dijo resueltamente la flauta.

-*¡Ah!, ¿y eso es posible?*

-*Posible es lo que nosotros queremos, no hay límite para nuestra libertad.*

- *… Pero… ¿y nuestra anatomía nos lo va a permitir?,* preguntó confundido el piano.

- *Eso es solo una imposición cultural o social… nada más, s*entenció la flauta que ya estaba empezando a impacientarse por el pensamiento tan "cuadrado" del piano.

La percusión, que los escuchaba, se quiso sumar a la nueva moda…

Así fue como esa orquesta se quedó sin el sonido natural del piano y de la flauta, y todos "sonaron" a percusión…

A todo esto pasaron varios años y la gente se hastió de la misma monotonía musical y comenzaron a añorar el sonido claro y limpio de la flauta, del piano y de los demás instrumentos de la orquesta.

-*Busquemos,* se dijeron*, una partitura porque solo así podemos volver a encontrar nuestro mejor sonido según nuestra anatomía*…

Pero no encontraron ninguna, ya que la ideología las había quemado prácticamente a todas y también había amenazado a los directores de orquesta por miedo a que volvieran a brotar…

Buscaron, entonces, los añorados sonidos y los encontraron en el canto de los pájaros, en el juego de los niños, en el canto de una madre que acuna a su niño, en la memoria de un venerable anciano y en el órgano de una Iglesia…, y – de este modo- la música que une las mentes y los corazones con sus distintas melodías volvió a brotar…, aunque solo la pudieron disfrutar los que no se quedaron voluntariamente sordos…

En definitiva, podemos concluir que pretender igualar lo que Dios ha distinguido nos confunde y aburre; mientras que, distinguir lo que Dios ha separado nos complementa y enriquece.

7. Re-sentido común



Re-sentido común

El resentimiento es un gran mal personal y social y se suele camuflar, inclusive, detrás de causas aparentemente justas y nobles.

¿Cómo identificarlo?

Algunas veces es difícil identificarlo porque germina dentro del corazón humano, hecho que lo hace complejo de percibir y que tiene distintas causas; no obstante, vamos a dar algunas características que nos parecen se suelen dar en el resentido, especialmente en el "resentido social":

1) Exigencia

Existe una exigencia que brota del amor, es aquella que quiere el bien de la persona que ama; esa exigencia es paciente ni cansa ni se cansa. La exigencia del resentido, por el contrario, no brota del amor, sino de que considera que todo le es "debido", se lo deben dar y - como esa exigencia nunca queda satisfecha (porque es un apetito desordenado que nunca se sacia)- genera, con el tiempo, resentimiento. Y esta es la raíz principal del resentido: la falta de gratitud por los bienes que le han sido dados, regalados (sean naturales o sobrenaturales, como la fe). También el resentimiento puede tener como causa

la mala digestión de los males padecidos que van "intoxicando su hígado" y, por eso, padece el mismo mal para todos los tipos de comidas…

2) Autoexclusión

Las personas resentidas no buscan que su causa sea popular (eso sería buscar el bien y la verdad por sí mismas), sino que –en todo caso- se sirven de los demás para su causa; el resentido se autoexcluye y victimiza para justificarse. En este sentido, llama la atención cómo algunos grupos sociales hacen actos totalmente antipopulares, los hemos visto en algunas manifestaciones feministas o a favor del aborto; el sentirse miembros de una "elite", de un grupo de "revolucionarios" los retroalimenta. ¿Se imaginan un resentido con poder?

3) Violencia

La violencia tiene distintas formas, no solo físicas sino también verbales o simbólicas. El resentimiento es "ira" contenida que busca salir, como la lava de un volcán. No busca construir sino destruir. Por el contrario, la verdad y el bien se imponen por sí mismos sin necesidad de violencia física ni verbal. El resentido necesita imponerse por medio de la violencia porque él sabe o intuye que su lucha nunca será algo universal y permanente. Cuando el resentimiento se encuentra con la "ideología" hacen

una combinación letal: la ira encuentra una buena razón para expandirse… como el fuego encuentra un bosque seco para arder…

¿Cuál es el remedio?

El remedio está en curar su raíz, es decir, la falta de gratitud y de perdón. Entre el resentido y el que tiene gratitud no hay diferencia de bienes recibidos o males padecidos sino que la diferencia está, más bien, en el “estómago” que los recibió: el resentido hizo mal la digestión de ambas cosas, mientras que el que tiene gratitud aprovechó todo – lo dulce y lo amargo- para crecer.

De este “laberinto” del resentimiento solo se puede salir por arriba, es decir, con la ayuda de Dios: su gracia es justamente “gratis”, un don, un regalo y su perdón nos ayuda a perdonar…

Resumiendo: La falta de gratitud y de perdón genera exigencia y la exigencia genera resentimiento. En ese grado de intoxicación, hasta la "buena comida" cae mal: San Pedro se sanó de su cobardía ante la mirada de Jesús, mientras que Judas se endureció aún más cuando Jesús lo trató de "amigo" en el momento en que lo estaba traicionando...

La gratitud es la "buena digestión" de los bienes recibidos y el perdón lo es de los males padecidos; mientras que el resentimiento es el "empacho". La gratitud es el lápiz que dibuja, el perdón es la goma que borra, y el resentimiento es la imagen que ilustra esta nota…

8. Obrar en conciencia



Obrar en conciencia

En la moral católica se enseña que el principio próximo del obrar moral, es decir, lo que nos ayuda a distinguir lo bueno y lo malo, es la conciencia. La conciencia moral es esa especie de “olfato” que nos hace tomar o rechazar de modo sencillo lo que está en “buen estado” o en “mal estado” porque “huele mal”, moralmente hablando. Entonces, la conciencia es la “regla”, la “voz”, que debemos seguir y escuchar para obrar.

Sin embargo, la conciencia no es un criterio absoluto, sino que tiene que ser regulada y calibrada a la vez por algo objetivo, esto es, la ley natural y la ley divina (ambas consignadas en los diez mandamientos). De modo parecido al hecho de mirar la hora en el reloj pulsera y ajustarla según la hora oficial o el pesar en una balanza que necesita ser calibrada para que tenga un peso exacto (de aquí viene el concepto de “ponderar” = pesar). Si la conciencia fuera totalmente autónoma, sería muy difícil vivir en sociedad, porque cada uno haría lo que le parece sin importar qué está bien y qué está mal… (¡Cualquier coincidencia con la realidad es mera casualidad!)

Entre tanta confusión reinante, es fundamental acostumbrarse a formar bien la conciencia y seguirla, de tal manera que lo dulce resulte dulce y lo amargo, amargo; lo bueno sea

percibido como bueno, y lo malo como malo; más allá de que me guste o no me guste, me convenga o no me convenga, lo hagan todos o solo lo haga yo. Por eso, en el mar agitado del mundo es necesario – para no marearse- mirar un punto fijo y distante: ese es el de la conciencia.

Los que se dejan arrastrar por las malas modas o por la ideología y cambian los criterios morales que aprendieron de su familia o de la Iglesia, no solo pueden realizar algo que está mal, sino que –de alguna manera- se traicionan a sí mismos y a su familia, aunque hayan tenido que "anestesiarla" para quedarse relativamente tranquilos. La conciencia es un juez justo y misericordioso (como su Creador), "los demás" son, muchas veces, amigos permisivos que se transforman fácilmente en verdugos implacables.

Por otro lado, distinto del que obra "contra" su conciencia es el que se equivoca, el que ignora, este –cuando sea corregido o enseñado- se convertirá con relativa facilidad: San Pablo pasó de ser perseguidor de los cristianos a ser apóstol; mientras que los fariseos no podían ver los milagros de Jesús porque no querían verlos.

El signo de una buena conciencia es la alegría y la paz cuando realiza el bien y el arrepentimiento cuando realiza algo malo. En cambio, los signos de la mala conciencia son el doblez, el

engaño, la hipocresía y la violencia, porque el que traiciona su conciencia persigue – como a un espejo- a todos aquellos que le recuerdan su traición…

Si prestamos atención, Dios entra en nuestra conciencia con paz, con naturalidad, sin violentarla, le infunde ideas y sentimientos que nos brindan plenitud como seres humanos y como cristianos; el demonio – por el contrario- entra con violencia, con ruido. Para poder distinguir entre ambas influencias necesitamos silencio interior, porque no se puede escuchar una voz serena en el ruido. Al final de nuestros días, cuando estemos ante el juicio de Dios, nuestra conciencia será nuestro mejor abogado o nuestro peor verdugo, eso dependerá, en gran parte, de las visitas que hemos dejado entrar…

Nada ni nadie puede violentar nuestra conciencia si no se lo permitimos; ella es nuestro "bunker" más seguro y el recinto más libre. Puede ser que "afuera" esté a veces sucio y agitado y tengamos que convivir con malas influencias que no dependen de nosotros. Pero recemos para que en nuestra conciencia todo esté limpio y ordenado y para que solo recibamos a las buenas visitas.

9. ¿Espejos o ventanas? ¿La selfie de Narciso o la fuente del amor?



¿Espejos o ventanas? ¿La selfie de Narciso o la fuente del amor?

El mito de Narciso tiene varias versiones, pero se trata siempre de un hermoso joven que se enamora de sí mismo, ya sea producto de una maldición o por la imposibilidad de amar a otra persona.

En una de esas versiones, Narciso se enamora de su propia imagen reflejada en un estanque, fruto de una maldición por haber rechazado el amor de la ninfa Eco. Así fue que el joven contempla su reflejo y no puede separarse de sí mismo, hasta que finalmente muere ahogado, atraído y ciego por su propia imagen reflejada en el agua.

La leyenda de Narciso dio origen a la expresión "narcisismo", que se refiere a aquellos hombres o mujeres que están demasiado pendientes de su imagen. Y esto se relaciona con la falta de altruismo y del egoísmo reinante, algo que se parece más a una enfermedad social que a un simple comportamiento particular.

El sano amor a uno mismo y a la propia imagen es algo natural y bueno porque somos creaturas de Dios, pero también debemos considerar que no somos un bien absoluto y, por eso,

es necesario que dicho amor tenga una "medida", una "proporción", una "finalidad" fuera de él. Puede parecer que el narcisismo sea un "excesivo" amor, como si fuese "mucho" el amor que se tiene de sí; pero, más bien, hay que decir que es una falta de amor, porque ¿se ama el que no busca su propio bien? y, por otra parte, ¿es bueno y saludable el buscarse a uno mismo como el fin de todo, a tal punto de terminar "usando" a los demás?

Tanto es así que este mal, fruto en el fondo del egoísmo, toma diferentes formas. Algunas personas no buscan un prójimo a quien amar, sino un "espejo" que les diga lo buenas o lindas que son o alguien simplemente para "sentirse bien", descartando a las personas según el "gusto" que les cause. No pretenden encontrar una "ventana" para ver más allá de sí mismos, una realidad que los trasciende y que no es "manejable", sino que hasta convierten las ventanas (noviazgo, amistad, matrimonio) en espejos en donde verse reflejados. Cuando estos rasgos narcisistas se vuelven enfermizos, el narcisista "manipula" a las personas como si fuesen cosas de su propiedad de las que puede disponer sin ningún tipo de escrúpulos, no busca ningún tipo de empatía, solo usarlas para luego descartarlas. Lamentablemente, este tipo de personalidades, cuando por edad u otros condicionamientos ya no pueden recurrir a sus acostumbradas "estrategias, suele

"desesperarse" e incluso recurrir al suicidio, en algunas de sus distintas formas.

Algunos espacios en donde se puede manifestar esta tendencia narcisista es el mundo virtual: el "muro" del Facebook, las "selfies", Instagram, ¿no son -para algunos- los nuevos "estanques" en donde se ahogan como Narciso?; y así se terminan "ahogando" en el mar del aburrimiento, del nc y de la manipulación. Efectivamente, las "pantallas" son los modernos estanques de Narciso, pero no le echemos la culpa a esos "espejos", la culpa la tiene la falta de amor…

Indudablemente el remedio para este mal es el amor. El "saberse" amado nos enseña que el amor no es una posesión, sino un regalo. El narcisista se tiene poco amor a sí mismo y, por eso, "manipula" a los demás, porque no descubrió que es amado, y –por lo tanto- no saber amar. Del mismo modo que alguien no puede hablar correctamente un idioma si "antes" no lo ha escuchado sino que solo podrá "balbucearlo"; nadie puede amar de verdad si no se descubre que se es amado.

Y no debemos olvidar que el amor viene de Dios, Él es la fuente del amor, el que nos amó primero. ¡Dios me ama!, ¡qué verdad consoladora y sanadora es esta!, si nos diéramos cuenta, con cuánta facilidad se sanaría nuestro amor. Por una curiosa razón nunca nos amamos más que cuando amamos a Dios

más que a nosotros mismos y nunca nos amamos menos que cuando nos alejamos de Él, que es la fuente del amor. En esa "fuente-ventana" vale la pena sumergirse porque no existe el peligro de ahogarse como en el "estanque-espejo" de Narciso.

10. Dueños o administradores



¿Dueños o administradores?

Una vieja propaganda de un “Banco” bajo el lema “haciendo dueños” mostraba a un dueño de casa rompiendo alguna de sus partes… ¡justamente porque era dueño y no inquilino!; también aparecía un hombre tocando un costoso piano de cola bajo la lluvia ¡porque era su dueño! El mensaje de fondo era muy claro: el dueño puede hacer lo que quiera con sus cosas.

Este hecho aplicado a la vida real tiene su verdad cuando se refiere a las “cosas” que tenemos, pero ¿acaso somos dueños de nuestra vida o la de los demás hasta el punto de hacer con ella lo que queramos? Ciertamente no, más allá de que somos directamente sus responsables. Así, por ejemplo, soy dueño de regalar el anillo que llevo en mi dedo, pero no de cortarme el dedo (¡y nadie va a ser tan insensato de pensar que soy menos libre por ello!); el inquilino es dueño de colgar un cuadro en la pared, pero no de hacer por su cuenta una reforma estructural en la casa…, en este sentido, somos más parecidos a un inquilino, a un administrador.

Esto mismo lo enseña Jesús en el Evangelio: el dueño absoluto es Dios: "Dar al César lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios".

También lo notamos al aplicarlo a los distintos órdenes de la vida: los padres no son dueños de sus hijos (¡menos aún si se están gestando en el vientre de la madre!); los gobernantes no son dueños de la Patria; el Papa y los Obispos no son tampoco dueños de la Iglesia…

Y este ponerse en el lugar de "dueños" o de "administradores" se denota en diferentes actitudes.

El que se "adueña" cree que puede disponer de su vida o la de los demás para hacer lo que quiera sin tener que darle cuenta a nadie (¡por eso es dueño!) y con esta sola razón parece alcanzarle, pero se olvida de algo muy importante: a todas las razones que el inquilino pueda tener para hacer una "reforma estructural" en una casa, hay una sola en su contra que pesa más que todas las demás: no tiene derecho, porque no es el dueño. Y si igualmente se adueñara de ese derecho, estaría violentando su vida y la de los demás, porque la raíz de la violencia (y consecuentemente de la injusticia) es la "posesión" de lo que no se puede ni debe poseer, ¿se

imaginan el poder manipulador del que pretende adueñarse del amor a los demás? Se olvida, además, que en esta vida o en la otra tendrá que darle cuenta al Dueño de cómo administró sus bienes (Mateo 25,14-30, Parábola de los talentos). Así también canta la chacarera: "La vida me han prestado y tengo que devolverla cuando el Creador me llame para la entrega"

Por el contrario, el que se ubica como "administrador", lejos de desentenderse de "su casa", la cuida como propia y la administra con gratitud y fidelidad, esperando recibir del "Dueño" un premio mayor. Aunque, algunas veces, tenga que renunciar a sus propios gustos y pareceres, ve altamente recompensado su esfuerzo al poder disfrutar de lo que tiene libremente en paz y sin temor, porque – a diferencia del que se adueña – se sabe en manos de un Dueño generoso…, es decir, del Padre Dios. Lejos de quitarle libertad, le da la posibilidad de amar sin pretender dominar y poseer lo amado.

¿Dueños o administradores? Dos formas de ubicarse frente a la vida… frente a los demás… frente a Dios… Seamos "administradores" y libres para disfrutar y hermosear la casa de nuestra vida que Dios nos ha

prestado, pero no pretendamos cambiar su estructura porque se nos puede "caer en la cabeza"… ya que el Arquitecto divino sabe por qué la hizo así, entonces cuidémosla, otra no hay... Los que se creen "dueños", ¿a quién podrán recurrir cuando su casa se empiece a desmoronar?

11. El enemigo



El Enemigo

En nuestra lucha cotidiana es imprescindible distinguir bien el amigo del enemigo, el pastor del lobo (también el lobo del mercenario); ya que se trata de diferente modo a uno o a otro. Por supuesto que nuestro lenguaje es analógico, la palabra enemigo puede tener distintos grados, aquí nos referimos más bien a “el Enemigo” con mayúsculas, es decir, el que busca hacernos el peor mal de manera consciente.

Con el enemigo no hay tregua posible ni diálogo, porque busca nuestro mal aun sirviéndose de cosas buenas, en otras palabras, nos busca dar el veneno mezclado con Coca Cola. Del enemigo no hay que tomar ni un vaso de agua, mientras que del amigo hay que tomar confiadamente hasta un remedio amargo. Del lobo hay que huir aunque nos guste, mientras que al Pastor hay que seguirlo aunque nos cueste.

También están los que colaboran con el enemigo, los mercenarios, los “quinta columna”, los judas…, pero ellos no son el Enemigo; a estos hay que buscar rescatarlos de su poder, ayudarlos. Porque la cizaña puede convertirse

en trigo (y viceversa), pero nunca el lobo en pastor o en oveja. Los que son trigo den gracias a Dios y cuiden de no convertirse en cizaña; los que son cizaña teman y no desesperen de poder ser trigo; mientras tanto, no adelantemos la "cosecha", es decir, el juicio definitivo..

Ni Judas ni Pilato ni los fariseos fueron los enemigos de Jesús, sino aquel que lo tentó en el desierto; tampoco Eva fue el enemigo de Adán (aun tentándolo a comer el fruto prohibido), sino que de ambos fue la serpiente.

En todo caso el enemigo es el pecado, pero no el pecador. Porque si el enemigo fuese el pecador, ¿quién se atrevería a tirar la primera piedra?, ¡se nos caería una montaña en la cabeza!

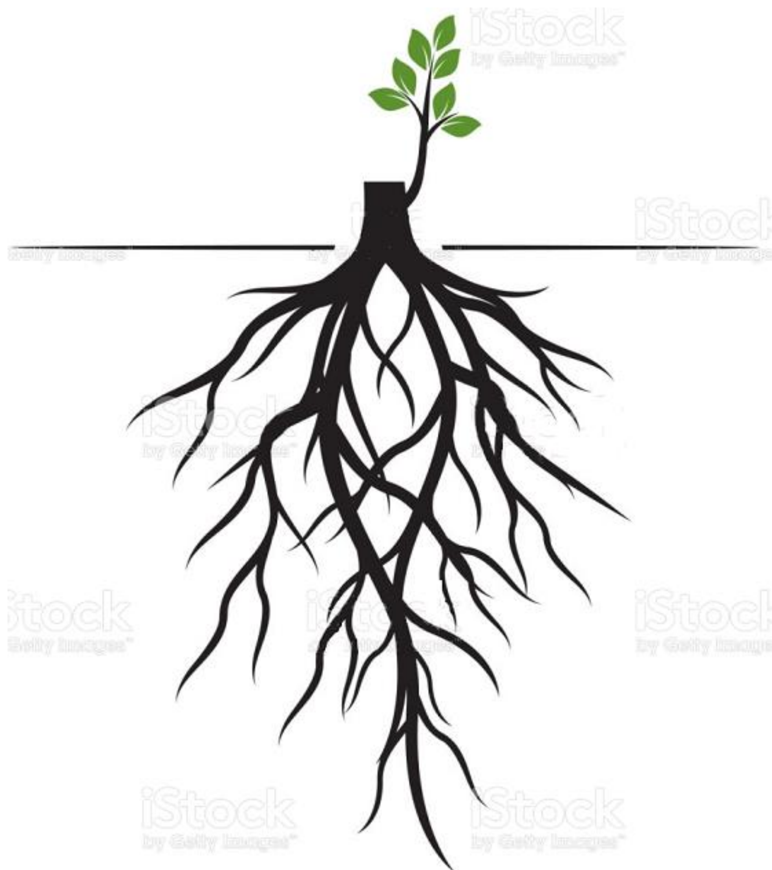
El enemigo busca nuestra destrucción: no busca vernos infelices, sino eternamente infelices; no busca vernos pecadores, sino desesperados de perdón; no busca que mordamos la carnada (es decir, las cosas buenas creadas por Dios: dinero, placer, fama…), sino que mordamos el anzuelo de la desesperación; no busca que nos volquemos desordenadamente a las creaturas, sino que nos apartemos del Creador. El pecado es el dardo del

enemigo, pero su intención no es herirnos, sino matarnos con él, y el pecado que mata es el que desespera del perdón.

Se suele decir que cada uno está a la altura del enemigo que elige y aquí la altura se mide por la profundidad… la profundidad del mal. Cuando se elige mal al enemigo no solo se gastan inútilmente fuerzas en algo que no vale la pena, sino que se puede terminar combatiendo al amigo. Ubicar correctamente al Enemigo también nos ayuda a saber para quién y por qué luchamos en nuestra vida, cuál es la meta a la que aspiramos llegar. El enemigo contra el cual elegimos luchar también habla de nosotros, de lo que somos y de lo que queremos ser. El que elige una miseria real del prójimo como enemigo estará luchando contra una miseria abstracta sin ver la “posibilidad de contagiarse” de esa misma enfermedad y puede, aunque suene paradójico decirlo, caer en lo mismo que critica, como quien combate la soberbia con soberbia y no con humildad.

Entendámoslo bien: el Enemigo es el que busca hacernos el "jaque mate", no el que juega erróneamente con nuestras mismas piezas…

12 Dialogo entre el "Sentido común" y la "Fe" sobre los males que aquejan a nuestro tiempo



Diálogo entre el "Sentido Común" y la "Fe" sobre los males que aquejan a nuestro tiempo.

Dos grandes amigos, el Sr. Sentido Común y la Sra. Fe Católica, se juntaron un día a hablar especialmente acerca de lo que le ocurría a la humanidad en todos los lugares: la pandemia (diálogo aplicable a situaciones similares). Ellos son amigos de siempre, es más, uno no puede vivir sin el otro; pero como había tantos dimes y diretes consideraron necesario aclarar algunos puntos entre los dos. Si bien ambos son naturalmente alegres, por el sufrimiento y la pérdida de vidas que ha traído esta pandemia, tuvieron este diálogo con mucho respeto y seriedad.

- Sentido Común: Escucho por ahí decir muchas cosas, tantas que si les presto atención me marean un poco (aclaro que a mí me gusta más bien lo intuitivo, no la complicación de demasiados razonamientos; mucho menos hechos en tiempos de tanta confusión). En lo que atañe a usted, querida amiga de siempre, se dice, por ejemplo, que lo que nos acontece es un castigo de Dios por cómo se portan los humanos.

- Fe: Opino como usted: los tiempos de reflexión y meditación profunda son los tiempos de paz; ahora, en tiempos de catástrofe es mejor ayudarse y ayudar.

Igualmente responderé buenamente a sus preguntas; sin olvidarnos que es de sabios simplificar cosas complejas sabiendo que lo son, y es de necios hacerlo, ignorándolo.

Comencemos, entonces, ¿castigo de Dios? Hay que entender bien esa palabra "castigo", no vaya a ser que proyectemos en Dios nuestras iras. Para entender lo que quiero expresar imaginemos el caso de un niño que quiere "tocar" la llama de una vela encendida y el Padre lo amonesta a no hacerlo. Supongamos que -empeñado en su idea- la toca y se quema, a lo cual el Padre le da un "chirlo" por haberlo desobedecido. Tenemos allí dos tipos de "castigos" en el niño: uno causado por el fuego y el otro causado por el Padre (para su bien, por supuesto). De estos dos modos podemos entender el "castigo" de Dios: como algo ocasionado directamente por El, como muchas veces figura en la Biblia (aunque para declararlo como tal es necesaria la voz del profeta) y, como algo provocado por quebrantar la naturaleza de las cosas creadas por Él; aunque, en este último caso, más que castigo de Dios, es una consecuencia de los actos del ser humano, propios o ajenos. De todas maneras, sería mejor decir que Dios "sana", "cura", en cualquiera de los dos casos. Si bien es cierto

que el mayor porcentaje de las cosas que padecen los humanos es consecuencia de sus actos y –en definitiva- por no escuchar al Padre Dios; sin embargo, en esta cuestión concreta de la pandemia, no se puede decir que sea un castigo de Dios… salvo que alguno se crea su profeta

- SC: Otros dicen que es una “prueba” que Dios envía, matizando de este modo la palabra “castigo”.

- Fe: ¿Envía o permite? Lea Santiago 1,12. Curiosamente, las personas, tienden a hacer responsable a Dios de “todo” (incluso de los males); ¡en lugar de valorar suficientemente “todos” los bienes de los cuales Él es totalmente responsable! Por supuesto que Dios “permite” dichos males para bienes mejores, pero eso no significa que los “envía”, sino que da su gracia para poder superarlos. Grande enseñanza obtendrían los “hombres-dioses” de que algo tan insignificante les desarme ese mundo edificado “tan seguro”, pero sin Dios…

Además, si hablamos de “prueba”, el que los prueba y los tienta, especialmente de desesperación, ya sabemos quién es…

- SC: Es más, algunos dicen que estos son los “últimos tiempos”, los tiempos “apocalípticos” de los cuales la Biblia habla. ¿Qué dice usted?

- Fe: La Biblia habla de muchas cosas… y, a veces, cada uno escucha lo que quiere escuchar. Además, una cosa es "lo que dice" la Biblia y otra muy distinta "las interpretaciones" que se le hacen. Ciertamente hay un crecimiento de la maldad, pero no sabemos el "punto de hervor"; de tal manera que, en estas circunstancias de tanta confusión, nadie tiene la lucidez suficiente para ponerse en "apocalíptico"; pareciera esa una sutil tentación de desesperación: como si se le dijese a Dios "¡Ven ya, Señor, que esto está todo podrido y ya no puedes hacer nada más!" Lo cierto, querido hermano, es que está nublado tanto para ateos como para creyentes; estos últimos no tienen todas las respuestas, solamente conocen y confían en "Alguien" que sí las tiene. Por eso, hace falta más caridad y confianza que especulaciones…

- SC: En resumen, entiendo que quiere decir que las personas involucran "demasiado rápido" a Dios y al demonio en este tema del mal físico o moral (ciertamente que Dios ayuda y el demonio tienta), y que eso parece ser una sutil evasión para no hacerse cargo de su libertad ni aceptar el tiempo en el que les tocó vivir; y que tendrían que darle un poco más de "naturalidad": porque una cosa es transcender la realidad y otra, negarla.

- Fe: Amén.

- SC: Llegados a este punto, tengo una pregunta que no sé cómo formularla porque es algo que a mí también me interpela: si Dios es nuestro Padre que nos ama y es todopoderoso ¿por qué no nos evita el tener que sufrir? "Pareciera" que, o no nos ama lo suficiente, o no es todopoderoso (es por esto que algunos dudan de su existencia). Un Padre o Madre humanos harían eso: evitar que sus hijos sufran si ellos pudieran.

- Fe: Esa pregunta tiene distintos niveles de respuesta. Yo le contestaré atendiendo al nivel concreto de la persona que sufre. Hay que ser muy delicado al hablar con alguien que se encuentra profundamente apenado; excepto cuando se padece el mismo sufrimiento que él; en esa circunstancia se puede ser más franco, porque se está en el mismo nivel. En los momentos de intenso dolor se debe actuar como quien está mareado: aferrarse "ciegamente" a algo seguro para no caerse; del mismo modo, los seres humanos tienen que partir de una certeza "indemostrable": Dios los ama y busca siempre su bien. Es un salto de confianza, igual al que hace el hijo en su padre, el enfermo en el médico (¡eso significa que hay que ser como niños ante Dios!). Los padres humanos tienen más amor a sus hijos que poder (¡aunque, a veces, pretenden ser omnipotentes sobreprotegiéndolos demasiado!); mientras que Dios tiene igual amor que poder y, de ese modo, puede sacar bienes mayores de los

males que permite para sus hijos. Es por eso que toda comparación es limitada: Dios no es un padre humano, es "como un Padre" ¡porque él les da el poder para serlo!

- SC: ¡Difícil de entender en esos momentos!

- Fe: ¡Difícil de entender, pero no de aceptar! Las personas sufren mucho por no aceptar la realidad (a veces, dura y difícil) y buscar evadirse. Usted, querido amigo, usted les ayuda a aceptarla y yo, a trascenderla dándole un sentido. Incluso yo misma no puedo darles una explicación cabal, por ejemplo, de la muerte, sino que la comprenderán plenamente cuando lleguen a la "otra Vida"; allí ya no habrá más preguntas ¡tampoco nos necesitarán!

- SC: Continuemos hermana. Algunos se aferran tanto a Dios que "descuidan cuidarse" suficientemente de esta pandemia… ¿mucha fe?

- Fe: Es difícil medir la "cantidad" de fe. Usted que es amigo de dichos, recuerde el que dice "a Dios rogando y con el mazo dando". Cuando se espera lo que no se puede alcanzar por sí mismo, hablamos de confianza y humildad; pero esperar lo que depende de uno mismo es "tentar" a Dios, es decir, probar su Providencia (que ordinariamente cuenta con el obrar humano).

Chesterton decía, magistralmente, que si quitamos lo sobrenatural no queda lo natural sino lo antinatural (es decir, que si me quitan a mí, no queda usted). Nos preguntamos qué pasa si quitamos lo natural: ¿queda lo sobrenatural o, más bien, queda lo mágico y supersticioso? (es decir, que si lo quitan a usted, no quedo yo).

- SC: Tiene usted mucha razón. Cuando la pierden a usted o a mí se pierde la “proporción”: si la pierden a usted, se preocupan más por el “virus” que por el “pecado”; si me pierden a mí, se preocupan por la salvación del alma de su madre, pero la visitan muy poco, por ejemplo.

- Fe: Hablando de proporciones, permítame decir algo más de lo que genera esta situación: miedo. En sí mismo, es algo natural y hasta ayuda a cuidarse más; el problema –como en tantas cosas saludables- es la justa proporción. La falta de temor puede llevar a la indiferencia y al descuido, pero si se convierte en pánico, puede paralizar. Me parece que en esto especialmente tenemos que hacer un trabajo en conjunto: usted, Sentido Común, le puede aportar a los humanos un realismo que les haga distinguir lo que depende de ellos y lo que no; por ejemplo, no depende de ellos “en absoluto” contagiarse o no (¡no se puede luchar por evitar todo lo que es “posible” que suceda!), sí depende de ellos poner los medios para hacer que ese contagio sea más “improbable”; mientras que yo,

desde la Fe en la Providencia divina, les ayudo a que pongan en las manos de Dios "eso que no depende de ellos".

- SC: Se nos ha hecho larga la conversación ¡es que es tan edificante hablar con usted! Para ir terminando, le pregunto acerca de la "pos-guerra", de la "pos-pandemia".

- Fe: ¡Gracias! ¡Igualmente! Respondiendo a su pregunta, no sabemos acerca del futuro porque depende de la Providencia de Dios y de la libertad humana. En otras épocas críticas de la historia, los hombres han decantado hacia distintos lugares. Algunos hacia una mayor necesidad de lo verdaderamente importante, tales como los amigos, la familia, ¡Dios!, (pero Dios no como el "tubo de oxígeno", sino como el "oxígeno", es decir, "siempre" necesario). Otros se han tomado la vida como una "revancha", un "devorar" desesperado el "instante presente" para mañana morirse de hambre, un dejarse arrastrar desesperadamente por la correntada sin siquiera preguntarse por qué o para qué.

Lo cierto, querido amigo, es que ¡iguales no van a quedar!

- SC: Esta sociedad, en cuanto sociedad, a usted la perdió hace rato (ya no se cuestionan sus enseñanzas). Y a mí también me perdieron (¡mis amigos tienen que defender lo obvio!). ¿Por dónde podemos comenzar a reedificar?

- Fe: Por usted, querido amigo, primero por usted; yo le ayudo y después usted me ayuda a mí. Primero hay que construir los puentes con la naturaleza, con el corazón humano para después trascenderlos y allí los espero yo. Usted les regala el poder “caminar”; yo les regalo las alas para que puedan “volar”: hay que aprender a caminar antes de poder volar. Usted les enseña el camino de este mundo y yo soy el puente hacia la Vida Eterna, esa Vida ya presente en este mundo.

- SC: Entiendo… pero eso supera mis capacidades.

- Fe: ¡Es que a usted le falta fe! (y le guiñó un ojo).

- SC: Y usted es un poco incrédula (y le devolvió el guiño).

- Fe: Es porque no quiero perder el sentido común, de lo contrario, termino creyendo en cualquier cosa, eso es justamente la “credulidad”.

- SC: Ya que no perdimos el “Sentido del humor”, no perdamos tampoco el “Sentido práctico”, entonces…

Y, levantándose, uno se fue junto al lecho de un enfermo que agonizaba y el otro a jugar con unos niños junto a un árbol añoso que había perdido sus hojas por el otoño ¿adivinen quién con quién? … aunque recuerden que son amigos “inseparables”…

13. La caricatura de Papa Noel



La caricatura de Papá Noel

A lo largo y ancho del mundo, Papá Noel (Papá Navidad) tiene múltiples y variados nombres, San Nicolás, Santa Claus, Viejito Pascurero, Padre hielo…; pero ¿quién es este señor al que miles de niños de todo el mundo escriben una carta contándole cómo se han portado y pidiéndole un regalo para la noche de Navidad?

Cuenta la historia que San Nicolás de Bari nació en el siglo IV en Turquía. Desde pequeño se destacó por su carácter desprendido y, a la muerte de sus padres, heredó una gran fortuna que puso al servicio de los necesitados. Luego, se trasladó a Mira (Turquía), donde fue consagrado obispo. Este santo sobresalió por su pobreza, por los grandes milagros que obró y por su cariño a los niños. Murió el 6 de diciembre en el año 345. Actualmente, sus restos descansan en la italiana ciudad de Bari. En algunos países se lo conoce como Santa Claus.

¿Que relación existe entre la historia de San Nicolás y la leyenda de Papá Noel? Sean cuales fueren los puntos de encuentro, existe la misma diferencia que hay entre la

verdadera imagen de alguien y su "caricatura". Una caricatura no es un invento sino que tiene algunos rasgos del original, pero están desproporcionados, deformados. De ese mismo modo sucede con muchas tradiciones verdaderas, que con el paso del tiempo se han deformado y mantienen solo algunos rasgos de la tradición original.

En nuestro caso, la deformación principal consiste en haber desplazado la atención de tal manera que Jesús, que le da el verdadero sentido a la Navidad, queda en un segundo lugar, ocupando el primero en la atención y en el afecto, la caricatura de San Nicolás, es decir, Papá Noel. Dado que San Nicolás, el original, llevaba a las personas a buscar sinceramente al "Salvador" del mundo que nació en Belén..., y "ese" era su mejor regalo.

De tal manera se ha desdibujado el sentido de la Navidad para algunos que hay que recordarles una verdad fundamental: en la fiesta de cumpleaños de "alguien", ¡ese "alguien" es el importante! Si esa persona no es el "centro" de la fiesta, entonces, ¿qué estamos festejando?

En realidad, tenemos que decir que Papá Noel viene a ocupar el vacío que queda cuando la fe se volvió una mera costumbre y ya no transforma nuestra vida, es decir, cuando se ha perdido el sentido verdadero de la Navidad. El problema no es que

Papá Noel, por razones comerciales o ideológicas, pretenda sentarse en el lugar principal de este “cumpleaños”, ¡sino que ese lugar esté vacío! Papá Noel ha podido tan fácilmente “adueñarse” en algunos hogares de la Fiesta de Navidad porque esa fiesta no tenía dueño. Si “apareciese” nuevamente el “dueño” de la fiesta, el “homenajeado”, el del cumpleaños, el que le da sentido a la Navidad y a nuestra vida..., fácilmente Papá Noel le dejaría el lugar; pero, entonces, ¿dónde quedaría la ilusión de los niños? Creemos que lo mejor es que se ilusionen con la verdad, para que cuando crezcan nunca se desilusionen.

Ciertamente, a diferencia de Papá Noel, la presencia de Cristo nos exige un cambio de vida, una conversión personal, por eso, no se pone tan fácilmente “de moda”; pero es justamente esa presencia, más necesaria y real, la que da sentido a nuestra vida y nos puede regalar la verdadera paz.

Los invitamos a renovar el verdadero sentido de la Navidad poniendo en el centro de nuestra atención y cariño a la Sagrada Familia de Jesús, José y María Santísima, para que, de ese modo, como la luz del sol viene necesariamente solo con el sol, así la paz del niño Jesús venga con Jesús y no con la caricatura.

11. ¿Vivir "ilimitado"?



¿Vivir "ilimitado"?

Vivir "ilimitado" es un slogans muy seductor, pero poco realista porque no somos dioses, sino creaturas limitadas por un sin número de circunstancias, con una sed y deseos ilimitados, por cierto, deseos que hablan más de eternidad que de paraísos terrenales. No nos referimos aquí a los límites que nos ponemos por falta de confianza en nosotros mismos o en los demás, sino al límite que nos pone la realidad, la naturaleza, Dios, el límite entre lo bueno y lo malo, el límite que no debemos cruzar porque nos lanza al abismo de la confusión.

Ciertamente, el límite que nos marca Dios a través del orden natural y sobrenatural nos hace caminar seguros, sin temor, con certezas. Necesitamos el límite, como el río necesita la ribera: no para quitarle libertad, sino para que fluya todo entero y con más fuerza. En este sentido, hasta el amor y la fe tienen límites: el amor sin límites es como un río sin riberas que se pierde fácilmente en las arenas del egoísmo; una fe sin límites, en las de las arenas de la superstición. En consecuencia, la aceptación de nuestros límites es una señal clara de nuestra madurez y nos da la paz; en cambio, la no aceptación causa confusión, temores, impaciencias, soberbia.

Entonces, cuando se pasa el límite que nos marca la ley natural o la ley divina (expresada especialmente en los diez mandamientos), no es que ya no queda límite, sino que ya no se sabe dónde ponerlo y se termina teniendo un límite "impuesto" por la tiranía de la moda o de la ideología. De este modo, por poner algunos ejemplos, algunos pretenden la libertad de abortar a un ser humano recién concebido y se condena, al mismo tiempo, el mínimo acto de violencia contra un animal; se empuja a los adolescentes a vivir su sexualidad de un modo irresponsable e ilimitado, como si fuesen animalitos que no se pueden contener, y, por otro lado, se les pide que sean maduros y responsables a la hora de beber alcohol prohibiendo su venta en ciertos lugares; las mujeres pueden ir vestidas (o desvestidas) como quieran, pero los varones tienen prohibido hasta decirles un piropo porque es acoso sexual…; le pueden gritar a alguien por la calle "machista", "homofóbico", pintar las paredes de los templos con frases violentas como "la única Iglesia que ilumina es la que arde", etc., etc., pero si otro se atreve a decir que la homosexualidad no es algo natural o ir a contracorriente de estos slogans ¡aparece en todos los medios de comunicación! Todo esto es el síntoma de que se ha perdido el límite: se cae necesariamente en la tiranía de lo que está de moda y en la hipocresía de la desproporción.

Vivir ilimitado es la nueva forma de la antigua tentación de "seréis como dioses". Una tentación seductora que hace que algunos ingenuos en pos de libertad "salten del balcón" hacia el vacío porque otros malvados han "legislado" que la ley de gravedad es una "imposición cultural"; mientras que, quien permanece dentro de los límites del balcón disfruta libremente del paisaje porque desde niño aprendió algo fundamental en la vida: que nuestros deseos de felicidad sean ilimitados, pero que nuestros pasos concretos tengan el límite del camino… porque a esa felicidad se llega caminando humildemente como humanos y no saltando al vacío creyéndose dioses…

Es lo que nuestro Señor nos enseña en el Evangelio "Entren por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y poco son los que lo encuentran." (Mateo 7,13). En definitiva, la puerta que nos salva es "estrecha" y "angosto" el camino, es decir, "limitado"…, pero la Vida que está detrás de esa puerta y al final de ese camino es "ilimitada"… como nuestros deseos…

15. El ideal y lo real



Lo ideal y lo real

En algunas ocasiones nos encontramos frente al aparente dilema de tener que renunciar -de alguna manera- a nuestros ideales por aceptar una realidad con la que no estamos de acuerdo; otras veces corremos el riesgo de cansarnos o desesperamos por apuntar a un ideal al que no queremos o no debemos renunciar. El IDEAL es un principio, una ley, una esperanza, un propósito; el ideal no es una mera ilusión, sino algo que tiene una cuota de realidad, por lo tanto es realizable; el ideal no es la ideología que busca cambiar la realidad, sino la esperanza que busca transformarla; en términos cristianos, el ideal es la virtud, la vida cristiana, la vida eterna. Lo REAL es… “lo que hay”, una mezcla de lo querido y lo tolerado, lo bueno y lo malo en un mismo envase. Lo real es donde estoy parado, el ideal adonde quiero llegar. Así como hay mucho de realidad en lo ideal, porque de lo contrario no existiría, sería una mera ilusión; también, hay algo de ideal en la realidad porque, de lo contrario, esta última no tendría ningún sentido

Concretamente, muchas veces nos encontramos con la dura realidad del aborto o de las drogas que parece que tendríamos que legalizar para aceptarlas (y el robo, la mentira, ¿también?); muchos padres se encuentran con la realidad de que sus hijos no viven según la fe y la moral que ellos les enseñaron, por

ejemplo, en relación con el noviazgo: la virginidad antes del matrimonio parece una ilusión inalcanzable dados los condicionamientos de la moda. En general, vivir la vida cristiana de modo pleno se ha vuelto difícil o imposible humanamente hablando. ¿Cuál es la solución?, ¿renunciar al ideal?, ¿aceptar la realidad? Nos parece este un falso dilema.

La solución empieza por evitar ese falso dilema: "Es lo que hay", como si no se pudiese cambiar o mejorar la realidad, evidenciando una resignación desesperada frente a esa realidad o –por otro lado- el "deber ser" impuesto de modo impaciente y con ira por no saber aceptarla. La respuesta esos interrogantes implica una madurez personal, una buena síntesis entre el ideal y la realidad: "aceptar" lo real, "pedir" y "conquistar" el ideal.

Aceptar no significa estar de acuerdo ni mera resignación. Es la actitud frente a lo que no depende de nosotros, a lo que no podemos de modo suficiente cambiar. En el fondo, aceptar es un acto de humildad que deja a Dios en su lugar y a nosotros en el nuestro, el de creaturas limitadas. A esta actitud hay que sumarle el pedir y conquistar el ideal, nunca se renuncia al ideal porque se tiene la doble certeza (repetimos: la CERTEZA) de que es lo mejor para nosotros y para los demás y de que es REALIZABLE "con la ayuda de Dios". De este modo se cultiva

la paciencia y, además, se ponen los medios ante el proceso, que conlleva un crecimiento o una resurrección (moralmente hablando).

Lo real, renunciando al ideal, se transforma en un conformismo desesperado, en tibieza, en confundir lo común con lo normal y natural. Por otro lado, lo ideal sin lo real se transforma en ira, impaciencia, y – a la larga- en desesperación y desánimo. Los hechos concretos de ambas actitudes entran en el campo de lo prudencial, es decir, de la conciencia de cada uno. Si no aprendemos a aceptar la realidad, se nos va a hacer muy difícil vivir en “este” mundo, pero si no luchamos por el ideal, se nos va a hacer muy difícil poder vivir en el “otro” mundo, es decir, en la Vida Eterna; ¿será esto lo que significa “vivir en el mundo sin ser del mundo”?

Se me ocurre aquí el pasaje en donde Jesús se encuentra con la mujer que había cometido adulterio y que los fariseos querían apedrear (Juan 8,1-11). En este relato, los fariseos descargan su ira y desesperación contra Jesús y esta mujer por no aceptar la realidad o por haber renunciado al ideal o por ambas cosas; mientras que Jesús, aceptando su condición de pecadora, la invita al ideal de la santidad: “Mujer, ¿alguien te ha condenado? Yo tampoco te condeno, vete y no peques más”. Por eso, no condenemos la realidad (¡tampoco la

canonicemos!), aceptemos su condición (que es la nuestra) y sigamos subiendo pacientemente a la cima, porque no nos olvidemos nunca que contamos con la gracia de Dios y no solo con nuestras pobres fuerzas.

16. El peregrino y el turista



El peregrino y el turista

Recorren lugares cargados de cultura, historia o religión, dos tipos de personas: el turista y el peregrino. Dos tipos de personas que no se distinguen tanto por su aspecto exterior o por el uso de la tecnología o por el motivo de su viaje, sino por dos actitudes diferentes: al turista lo podemos describir más o menos como alguien que lo primero que hace frente a un paisaje, una obra de arte, un objeto religioso, una persona importante, es sacar una foto o filmar, lo segundo es "sacarse una foto" y, luego, sigue de largo hacia lo próximo que va a "consumir"...; el peregrino, en cambio, lo primero que hace es contemplar y asombrarse, luego busca compartir su alegría y después saca la foto, si viene al caso. El peregrino regresa a su hogar enriquecido por lo vivido... el turista lo único que enriqueció fue la tarjeta de memoria de su celular y su "red social".

En este caso, estamos hablando de dos actitudes diferentes, no condenando el uso adecuado de la tecnología.

Estas dos posturas fundamentales también se pueden dar en el viaje de la vida que es vivir... Algunos viven la vida como el "turista", es decir, solo "consumen", "devoran", sin detenerse a "saborear" y hacer la "digestión" de lo que viven, de este modo,

la vida se les transforma en una serie de experiencias más o menos conexas, pero sin un sentido final. En todo este proceso juega un papel importante la tecnología, especialmente la relacionada con el mundo virtual. No se trata de un uso adecuado de la misma, sino en cuanto es una suerte de "evasión" del presente, cuando alguien se "conecta" en realidad para "desconectarse": la vida real, con sus goces y sufrimientos, pasa como un río que no empapa la piedra sumergida en su lecho, por eso el "turista" no se compromete con lo que vive, porque en realidad no lo vive.

El peregrino tiene una actitud diferente. Se sirve de la tecnología, pero vive su vida con la certeza de que su existencia, linda o fea, gozosa o sufriente, merece la pena ser "realmente" vivida. El peregrino ama su vida, con todo lo que ella implica y, por eso, es capaz de gozar y de sufrir sin evadirse, y de compartirla con los demás.

¿Cuál será la causa de estas diferentes actitudes? Como toda causa, se trata fundamentalmente de algo interior; la culpa no la tiene la tecnología ni el mundo virtual. Este fenómeno tan global de que las personas vivan su vida "a través" de una pantalla me parece que no se puede reducir a cuestiones superficiales o de propaganda; una necesidad más profunda

encuentra en nosotros para prender tan rápidamente: ¿será un deseo profundo de contemplación mal canalizado?,¿será que - por no querernos suficientemente a nosotros mismos- valoramos más “la comida” que “el apetito”, es decir, valoramos más “las cosas” que nuestro corazón?, ¿será que nos desconectamos demasiado de la naturaleza, de su belleza, de sus tiempos y caímos en manos de una pobre imitación de la misma -como es el mundo “virtual”- pero manejada a nuestro arbitrio?, ¿será que nos alejamos de su Creador o - peor aún - pretendemos ponernos en lugar de Él?, ¿será que, simplemente, nos “evadimos” de la realidad, en cuyo caso la pantalla es un mero espejismo, una ilusión?

El que vive la vida como el peregrino puede disfrutar de todo lo creado justamente porque es “señor” de lo que tiene, de lo que consume, de lo que vive, de lo que sufre, y puede serlo porque él mismo está sujeto a otro “Señor”, es decir, disfruta de lo creado, pero su corazón lo tiene puesto en Dios que es el único Bien que puede saciarlo, aunque plenamente al final del camino.

Lo cierto es que, una vez recorridas todas las “ciudades” de nuestra vida, al “turista” no le quedarán recuerdos para festejar (casi ni para recordar), mientras que el que vivió su vida como

peregrino tendrá una vejez plena de emociones y recuerdos grabados en su memoria y en su corazón.

17. No tengan miedo



“No tengan miedo”

A lo largo del Evangelio, muchas veces, nuestro Señor les dice a sus discípulos: “No tengan miedo”… (por ejemplo, Mateo 14,27) ¿Qué alcance tiene dicho mandato?

El temor en sus distintas formas (ansiedad, pánico, estrés, etc.) es uno de los grandes males de nuestro tiempo y, si bien puede tener distintas causales, sean más psicológicas o físicas, queremos tratarlo en su raíz más bien espiritual y general.

En primer lugar, tenemos que decir que el temor es la contracara del amor; se teme lo que se ama, es decir, tememos perder lo que amamos. De este modo, porque amamos la salud, tememos la enfermedad; porque amamos la vida, tememos la muerte; porque amamos nuestra buena fama, tememos ser calumniados; porque amamos a Dios, tememos perderlo… etc. En este sentido, el temor es algo saludable “en su justa medida”, si no temiéramos nada eso significaría que tampoco amamos nada. Es “insano” y anormal que una persona no tenga – en alguna forma – algún temor; es lo que vemos en la delincuencia: el ladrón que no teme morir en su intento de robo (¡mucho menos matar a alguien!) es porque no ama su vida, ¿cómo pretender que cuide mi vida el que no ama ni siquiera la suya? Lo mismo sucede, en distinto grado, con

los que "arriesgan" innecesariamente su vida por diversión o adicción.

En segundo lugar, decimos que el temor se vuelve exagerado y enfermizo cuando se desordena el amor, es decir, que el temor desordenado es el "síntoma" de un amor desordenado… ¿Queremos saber por qué tememos "demasiado" algo?, miremos, entonces, qué amamos "demasiado", "calibremos" "ordenemos" mejor ese amor y el temor encontrará su justa medida. Ese "desorden" se nota en que amamos más lo que deberíamos amar menos y amamos menos lo que deberíamos amar más… (imagine cada uno algún ejemplo).

Con todo, no es fácil "calibrar" el temor, dado lo contingente de nuestra vida, de nuestras "seguridades"; es por eso que muy fácilmente nos desordenamos, apoyándonos demasiado en realidades buenas, pero que fácilmente se pueden perder: seres queridos, salud, juventud, dinero, fama… Por lo tanto, para "curar" de raíz nuestros temores, además de buscar siempre ordenar el amor, es necesario que pongamos a Dios, el amor de Dios, como dueño absoluto de nuestra vida, pero un Dios que lo miremos también como "Padre", es decir, ponernos ante Dios "como niños", ya que el niño puede tener temor, pero no ansiedad si se siente amado y protegido por sus padres. Esto es algo muy sanador; el otro camino es buscar

seguridades “inseguras” frente al temor o “evadirnos” de él… lo cual, lejos de erradicarlo, lo aumentará…

Cuando San Pedro sintió temor al lanzarse a caminar sobre el agua, nuestro Señor le dice “Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?” (Mateo 14,22-33) No le dice ¿por qué temiste? ni tampoco ¿por qué dudaste *de ti mismo*?; no le pidió no temer (¡porque es natural temer cuando se camina sobre el agua!), sino que le pidió confiar en Él; no lo estaba “retando” sino “entrenando”… Lo saludable del temor es que nos muestra el límite y, de ese modo, no nos creemos omnipotentes, es decir, nos hace humildes. San Pedro pasó la prueba: pidió ayuda y no se ahogó. La lección había sido dada: en el mar inconstante de nuestra vida… lo único absolutamente seguro es Dios… su fuerza, su Amor. Sin embargo, eso no impide que algunas veces nos hundamos y sintamos temor, pero evita que nos ahoguemos en la desesperación…

18. La tentación más diabólica: El Jaque mate



La tentación más diabólica: el jaque mate

Por un lado, digamos que cada uno obra según su ser. El demonio es esencialmente un ser desesperado de salvación. Por lo tanto, esa es su “especialidad”: la desesperación.

Por otro lado, un buen jugador de ajedrez no busca solo “comerle” algunas piezas a su contrincante, sino hacerle un “jaque mate”, aun cuando tenga que perder algunas piezas propias. Del mismo modo, el demonio nos puede tentar de muchas cosas (gula, lujuria, avaricia, egoísmo, etc.), pero no le interesa tanto vernos “caídos” o hacernos simplemente “perder la gracia”, sino evitar que nos levantemos confiando en el perdón divino. De esta manera, por ejemplo, a San Pedro le “comió” algunas piezas esa noche del jueves santo cuando este lo negó a Jesús, pero a Judas le hizo el jaque mate. Porque el jaque mate es la pérdida de la esperanza. La diferencia entre ambos no fue tanto el pecado como la esperanza o la desesperación que mostró cada uno. Sabiendo qué busca el Enemigo con mayúsculas, podemos cuidarnos de no caer en “esa” tentación, aunque no podamos –por ignorancia o debilidad- evitar caer en todas.

La esperanza consiste en esperar “algo” de “alguien”. Algo que no podemos alcanzar con nuestras propias fuerzas; esperarlo

de alguien que nos puede ayudar y en quien confiamos. Como virtud teologal, esperanza que da consistencia las demás esperanzas humanas, la esperanza es esperar la gracia y la Vida eterna de Dios nuestro Padre, a través de su Hijo Jesucristo. La esperanza, de este modo, da "sentido" (es decir, finalidad, razón, el para qué) a toda nuestra vida con todas sus vicisitudes; el que tiene un "por qué" vivir es capaz de soportar cualquier "cómo" vivir, decía algún filosofo.

Lo contrario a esto es la desesperación. El carecer de sentido, de una trascendencia, de esperar un mañana, pretendiendo "consumir" toda nuestra vida en el hoy, a través del consumismo exagerado, de la búsqueda insaciable de nuevas experiencias. El psiquiatra Viktor Frankl, en su experiencia en un campo de concentración nazi, cuenta que algunas veces le daban una suerte de "vales" para cigarrillos que ellos cambiaban por sopa (ya que la comida era paupérrima) y que ellos se daban cuenta de cuándo un prisionero había desesperado de salir con vida de ese lugar… porque fumaba todos los días…

Tampoco carece de desesperación cierto tipo de activismo, miedos o durezas puestos de manifiesto en nuestra lucha cristiana contra el mal. El "voluntarismo" de nuestros propósitos y de nuestras luchas pareciera, a veces, no contar eficazmente

con la gracia divina; y cuando "pendulamos" y nos vemos débiles e inconstantes, nos desanimamos hasta el extremo de no hacer ni lo que podemos hacer.

La prueba definitiva de nuestra esperanza cristiana es cuando perdemos los apoyos humanos y mundanos. En ese momento nos vemos "obligados" a confiar solamente en Dios o a desesperar. Ese salto no es automático, supone una "total" confianza en Él; y esto significa tener la plena certeza de que nos ama y busca nuestro mayor bien, más allá de todo lo que permita o lo que se "demore", ¡ah!, porque la esperanza supone una gran confianza dado que se suele demorar… hay que esperar…, ya que los tiempos y caminos de Dios no son los nuestros. El aparente celo de pretender separar con impaciencia el trigo de la cizaña antes de la cosecha (Mateo 13,24 ss.), también es falta de esperanza.

Ante lo dicho anteriormente, cabe la pregunta: ¿después de esta pandemia, las personas confiaremos más en Dios que en nuestra tecnología, dinero, consumismo, falsas seguridades, etc., etc.? Los que den el "salto", sí. Los que no lo den van a buscar la revancha porque, en definitiva, ¿para qué esperar? Los primeros buscarán más la oración y llenarán nuestras Iglesias, disfrutarán más de las pequeñas cosas de la vida y de los seres queridos; los segundos llenarán cruceros (en sentido

simbólico) sin importarles hacia dónde navegan, con tal de que tengan buenos camarotes y un buen bar.

Definitivamente, esperar o desesperar no son dos caras de la misma moneda. Todo lo contrario, son dos monedas distintas: con una se compra el paraíso y con la otra, el infierno. Pero esa moneda no se compra: es un regalo que se espera o no.

19. "Es mi cuerpo…"



“Es mi cuerpo…”

- "Es mi cuerpo", dice el motociclista y no usa el casco, y al sufrir un accidente termina ocupando una de las pocas camas de la terapia intensiva de un hospital público…

- "Es mi cuerpo", dice el automovilista, y en su desenfrenada velocidad atropella el cuerpo de un inocente…

- "Es mi cuerpo", dice el que se droga y emborracha, y se vuelve violento con el cuerpo de los demás…

- "Es mi cuerpo", dice la mujer embarazada, y mata el cuerpito de su hijo…

- "Es mi cuerpo", dice el que lo sacrifica con imborrables tatuajes y piercings, ¡como si estos valieran más!

- "Es mi cuerpo", dice el que descuida su salud..., enfermedad que "otro cuerpo" tendrá que cuidar.

- "Es mi cuerpo", dice el narcisista, y usa a los demás como "espejos" de sí mismo...

- "Es mi cuerpo", dice la mujer "exhibicionista", y se escandaliza cuando le dicen un “piropo” en relación con su cuerpo...

- "Es mi cuerpo", dice el varón que quiere ser mujer, y obliga a los demás a reconocerlo como tal...

- "Es mi cuerpo", dice el lujurioso, y "devora" el cuerpo de los demás...

- "Es mi cuerpo", dice el avariento, y "explota" el cuerpo de los demás…

- "Es mi cuerpo", dice el ingrato, y se olvida que Alguien se lo ha regalado…

- "Es mi cuerpo", dice -en definitiva- el egoísta, porque se olvidó de una verdad fundamental: todo cuerpo es también un cuerpo "social"..., no se nace solo, tampoco se vive solo…

Pero sucede que "ALGUIEN", con mayúsculas, que entendió como nadie esta verdad dijo: "ES MI CUERPO QUE SE ENTREGA POR USTEDES". Y esta sublime verdad inspiró a sus seguidores:

- "Es mi cuerpo", dice la madre, y lo sacrifica por sus hijos…

- "Es mi cuerpo", dice el que se ama suficientemente a sí mismo, y lo alimenta y disfruta sanamente.

- "Es mi cuerpo", dice el trabajador, y hace posible que otros cuerpos puedan tener bienestar.

- “Es mi cuerpo”, dice el novio, y respeta el cuerpo de su novia.

- “Es mi cuerpo”, dice el casado, y lo guarda fielmente para su esposa.

- “Es mi cuerpo”, dice el católico, y lo conserva limpio y hermoso como un Templo.

- “Es mi cuerpo”, dice el enfermo, y visita al médico.

- “Es mi cuerpo”, dice la mujer embarazada, y alimenta el cuerpito de su hijo a través del cordón umbilical.

- “Es mi cuerpo”, dice el consagrado, y lo entrega al servicio de Dios y de los demás.

- “Es mi cuerpo”, dice el mártir, y prefiere perderlo antes que perderse del todo cuando –por odio a su Creador- se lo quieren arrebatar.

- “Es mi cuerpo”, dice el niño, y juega con otros niños.

- “Es mi cuerpo”, dice el hijo agradecido, y da gracias a Dios Padre que se lo ha querido regalar.

- “Es mi cuerpo”, dice el alma, mi único cuerpo, lo más mío, mi compañero de viaje, el que perderé cuando él muera pero que he de recuperar en la eternidad.

Moraleja final: La "ambivalencia" del cuerpo depende del amor porque el que se ama egoístamente a sí mismo, por encima del amor a los demás y del amor a Dios… en el fondo le falta amor. Contrariamente el que ama a los demás y a Dios por encima del amor a sí mismo, se ama realmente puesto que busca su mayor bien. Porque, en definitiva, nadie tiene al cuerpo como "propiedad", sino como un buen administrador, como un buen amigo que aprovecha el tiempo que tiene para ser feliz y hacer felices a los demás…

20. El amor es más fuerte



¡El amor es más fuerte!

Supongamos que una persona tropieza no pudiendo evitar caerse de frente, ¿qué elige salvar: las manos o el rostro? Si la persona al caerse salvara sus manos y estrellara su rostro contra el piso (descartando que se trate de un error motriz), ¿sería una buena elección?, ¿sería lógica y normal una reacción así? De aquí podemos sacar la siguiente conclusión: cuando tenemos que elegir, elegimos lo que amamos más y renunciamos a lo que amamos menos. Necesariamente gana el amor más fuerte...

Toda decisión implica necesariamente una renuncia y nos pasamos haciendo elecciones de este tipo u otras similares. De allí la importancia de que tengamos el amor “ordenado”, es decir, ubicando lo que es más “amable” por encima de lo que debe ser amado menos o con un amor diferente. Esta es la razón por la cual elegimos ayudar a nuestro prójimo, aunque tengamos que sacrificar otros bienes, especialmente materiales o que dejemos de lado cosas que dañan seriamente nuestra salud o que renunciemos a nosotros mismos por amor a Dios.

Si, por el contrario, el amor está “desordenado”, se nota necesariamente a la hora de la prueba, a la hora de tener que elegir. Así, expresiones como: “no tengo tiempo”, “no tengo ganas”, “no

tengo fuerza de voluntad", usadas para con los demás o para con Dios, son en el fondo, muchas veces, falta de amor, de un amor más grande que nos lleve a olvidarnos de nosotros mismos.

¿Y cuáles son las consecuencias de tener "desordenado" el amor o de que cada uno le dé el orden que le parezca? El problema es que, de ese modo, tomaremos malas decisiones en la vida, sacrificando lo que verdaderamente nos hace bien, lo que dura más, lo que nos hace realmente felices. El que elige romperse la cara y salvar las manos en el fondo le falta amor de sí mismo, porque ¿qué "amor" es ese que nos hace sufrir inútilmente? o ¿qué amor es ese que nos priva de lo que nos hace realmente bien? El hecho de "sacrificar" la lengua para colocarle un "piercing", o hacerse operaciones "estéticas" que pueden dañar seriamente la salud o descuidar la familia y la salud por avaricia, lujuria o cualquier otro vicio, ¿no tienen el mismo "desorden"?

Es paradojal y doloroso ver cómo hay personas que "hacen todo lo posible por ser infelices", porque tienen "desordenado" el amor: tanto el egoísta como el narcisista se tienen poco amor a sí mismos, aunque parezca lo contrario. Y les sucede eso porque no han sido amados o no se han dado cuenta de ello: si primero no se experimentó el ser amados, "no se puede" amar de verdad porque no se sabe cómo hacerlo; es como que alguien quisiera hablar un

idioma sin haberlo “antes” escuchado, solo puede balbucearlo.

Esta es la lógica de la comparación que hace Nuestro Señor Jesucristo acerca del hombre que vende todo lo que tiene porque encuentra un tesoro escondido (Mateo 13,44 ss.), ¿de dónde sacará la fuerza para “vender todo” sino del amor al “tesoro”?, por eso para el que “no encontró” el tesoro “escondido” esta elección le parecerá una necedad... una falta de amor y es todo lo contrario: ¡es justamente por amor! Quien considera que la vida cristiana es un conjunto de renuncias y obligaciones se le escapa lo más importante: que todo eso es fruto del amor y ese amor se alimenta de un amor más fuerte.

Índice Temático

Fin